



La Novela Gráfica

25 ct.s
Nº 30.

LA MODELO DE PARÍS

por *Andrée LAFAYETTE y Creighton HALE*



TRILBY 1923

La Modelo de París

Visión literaria de la comedia cinemática de igual título, basada en la famosa novela de costumbres parisinas original de

Georges Mauriers

Creación de la monísima artista

Andrée Lafayette



Producción: FIRST NATIONAL PICTURES

Exclusiva

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

La Novela de París

Vista literaria de la comedia europea
nada de igual título, basada en
la famosa novela de costumbres
parisiense original de

Georges Planchon

Traducción de la comedia europea

Amate Lalayette



Producción: FIRST NATIONAL PICTURES

Exclusiva

L. G. MONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 30

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 80, 1.º

Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los Jueves

La Novela de París

PROLOGO

ESTRECHOS abrazos y lágrimas mal contenidas precedían en la señorial mansión de los Bagot, en Devonshire, a la marcha hacia el Continente de Guillermo, el hijo menor de la casa, familiarmente llamado "el pequeño Billie", que abandonaba la tierra que le había visto nacer para ir a terminar en París sus estudios y su cultura artística.

El pequeño Billie no había seguido ninguna carrera, desviviéndose, en cambio por el dibujo, la pintura, la escultura y las artes en general. Su tío, el Reverendo Tomás Bagot, no había creído prudente contrariar la inclinación artística de Guillermo, ya que es-

te, heredero de una cuantiosa y saneada fortuna, podía perfectamente prescindir de aquellos estudios indispensables a formar el temperamento y la cultura del hombre ante quien se abre la incierta perspectiva de la lucha por la vida.

La señora Bagot y Margarita, hermana mayor de Billie, hacían las últimas recomendaciones al joven aristócrata que aguardaba impaciente el momento de correr hacia la estación y tomar el tren que le conduciría a Dover en donde debía embarcar para Dunkerque, siguiendo luego nuevamente por ferrocarril a la Meca del Arte, a donde diariamente afluyen multitud de peregrinos en busca del saber que ha de conducirles al pináculo de la Gloria.

Cuando todo estuvo ya dispuesto y no faltó en las maletas del pequeño Billie ninguno de los objetos que debía llevar durante el viaje, la señora Bagot estrechó por última vez entre sus brazos a su hijo y, con voz entrecortada, muy bajito, le dijo:

—Y sobre todo, hijo mío, ten mucho cuidado con las mujeres...

—Está tranquila, mamá... Yo no soy un chiquillo.

—Por lo demás — añadió la madre —, en nuestros amigos Tovias y Leonard, hallarás dos guías expertos y fraternales, que te ayudarán en cualquier paso difícil...

—Bien, mamá, bien...

Y Billie se separó de los brazos maternos, encaminándose rápido hacia la estación, en donde el tren enorme, como un monstruoso reptil acerado, estaba a punto de emprender la marcha...

CAPITULO PRIMERO

EL célebre escultor Durien, solterón impenitente y alma bohemia, que no sabía ajustar su vida a las exigencias del encumbramiento a que había llegado, continuaba viviendo en el Barrio Latino como en sus días de mayores privaciones. Comía en el restaurant y habitaba en una buhardilla encima del piso que ocupaban Tovias y Leonard, los dos artistas amigos de la familia Bagot, con quienes iba a vivir Billie a su llegada a París.

—¡Diablos! — pensó aquella mañana al levantarse—. ¡Estoy sin ropa limpia!

A Durien le hubiese sido muy cómodo mandar a una vecina o a la hija de la portera, mediante una pequeña propina, al lavadero, en donde le hubiesen entregado la muda. Pero, no. Prefirió ir él mismo en busca de la señora Tomasa, la encargada del establecimiento y recoger personalmente su ropa interior.

—Buenos días, señor Durien — dijo la encargada del lavadero, al verle llegar—. ¿Viene usted por la ropa?

—Sí, señora. Me he dado cuenta esta mañana de que no tenía ni una camisa para mudarme mañana.

—Si quiere usted pasar, le daré su paquete.

—Con mucho gusto.

Aun a pesar del peligro de que las salpicaduras de la lejía estropeará su flamante traje, Durien penetró en el interior del establecimiento. Le gustaba sobremanera el espectáculo de las muchachitas que con los brazos al aire y descalzas muchas de ellas, pasaban horas y horas haciendo la colada y poniendo a secar las ropas.

Sus ojos se vieron sorprendidos por la visión de una joven que sin temor al frío, estaba lavando con los pies completamente descalzos. ¡Qué pies más hermosos! Los de la más perfecta estatua griega, no eran comparables a aquellos piecitos diminutos, de línea sobria, aristocrática... Durien no vaciló un instante.

—¿Cómo te llamas, chiquilla? — dijo tocándole el hombro cariñosamente.

La muchacha, con un gracioso desparpajo, levantó la vista hacia el escultor y le dijo:

—¿Para qué? ¿Para poner mi nombre en la lista de las lavanderas ilustres?

Durien sonrió.

—No te enfades, pequeña. Eres muy bonita y no te cuadra ponerte seria.

—Si no me enfado. Me llamo Trilby, para servir a usted. ¿Se le ofrece algo más?

—Sí. ¿Quieres ganar cinco francos diarios?

—Eso, según y conforme—repuso Trilby—. Le advierto de antemano, que si abriga usted malas intenciones, conmigo no hay plan. ¿Estamos?

—Sí, mujer, sí... Yo no te propongo nada malo. Soy escultor, ¿sabes? y creo que tú serías un magnífico modelo.

—¡Ah! ¡El pretexto de siempre! ¡Usted lo que quiere es verme desnuda por cinco francos! ¡Ya le he dicho que conmigo no había plan!

—No se trata de eso. Aquí tienes mi tarjeta. Yo soy Durien. ¿Has oído tú hablar de Durien?

—Sí, señor... Pero le repito que desnuda no quiero "posar"...

—Desnuda completamente, no. Desnuda sólo de brazos y pies y cubierto el cuerpo con un velo blanco. Por lo demás, yo soy hombre serio y no has de temer nada de mí. Si quieres empezar mañana, ahí va un "luis" a cuenta para que te compres zapatos...

Aquellas arras calmaron la naciente desconfianza de Trilby.

—¿Y tendré trabajo para mucho tiempo?

—Para todo el que tú quieras; porque tie-

nes un cuerpo de línea muy fina y armoniosa y cuando hayas terminado de "posar" para la primrea estatua que voy a hacer, o yo u otros artistas seguiremos necesitando de tus servicios...

—Entonces, aceptado. ¿A dónde tengo que ir?

—A la misma dirección de la tarjeta. Mañana a las diez, ¿eh? Adiós, pequeña... Señora Tomasa, ¿quiere darme la ropa?

Y aquel día, cuando Trilby llegó a su casa, abrazó casi llorando de alegría a su anciana madre, y le dijo:

—¡Mañana... mamá! ¡Desde mañana gano cinco francos diarios! ¡Ahora mi hermanita podrá ir a un colegio en donde haya luz y sol y pueda jugar y respirar lejos del ambiente malsano de esta buhardilla!

CAPITULO SEGUNDO

EN el mismo inmueble en que residían Durien, Tovias y Leonard, ocupaban un pisito otros dos artistas: Svengali, un pianista, de mucho talento, pero a quien la desgracia había perseguido en su patria, sita en el lejano Oriente, y que había llegado a París en busca de gloria, sin hallar otra cosa que miseria y hambre, y su compatriota Gecko, violinista bohemio y también sin recursos.

Aquella tarde, como de costumbre, Svengali y Gecko entraron a visitar a Durien.

—¡Caramba! — dijo Gecko—. ¡Cuánta gente nueva hay por aquí!

En efecto, Trilby, la graciosa e inquieta Trilby, estaba "posando" por primera vez ante Durien, que explicaba los encantos de su

nueva modelo a Tovyas y a Leonard, los cuales habían entrado en el estudio del escultor con el objeto de presentarle a Billie, recién llegado a París.

Trilby encantó a todos los contertulios: a Tovyas y a Leonard, que se sintieron seducidos por el encanto de su belleza juvenil, a Billie que, aunque no se había movido nunca de Devonshire, sabía donde tenía su mano derecha en cuestiones de galantería y a Sven-gali, que sentado al piano la hizo cantar algunas composiciones.

—¡Su oído es infame — le dijo a Gecko—, pero tiene una voz maravillosa!

Entretanto, Billie no dejaba ni un momento de conversar con la joven, asegurándole que en todo París no había unos pies como los suyos. Trilby escuchaba complacida los elogios del inglesito, cuya corrección y elegancia natural le hicieron muy simpático a sus ojos desde el primer momento. Y cuando ambos se separaron, en sus espíritus jóvenes vibraba la ilusión de aquella primera entrevista...

—¡Qué sencilla y hermosa es esta muchacha! — pensaba Billie—. ¡Ella podría ser mi felicidad para toda la vida!

Y, por su parte, Trilby, al despedirse de los bohemios, se decía:

—¡Qué simpático y elegante es Billie! ¡Si pudiera llegarme a querer!



El tiempo fué aprisionando los corazones de Trilby y de Billie

o o o

Pasaron los días y el tiempo, con su fuerza inexorable, encargóse de estrechar los lazos amorosos que desde el primer momento habían aprisionado los corazones de Trilby y de Guillermo. Un hombre veía con malos ojos aquella naciente simpatía, y era Svengali, quien a partir del día que conoció a Trilby estaba entusiasmado con la voz armoniosa y potente de la muchacha.

—Si esa muchacha quisiera aprender música y cantar nuestras composiciones — decía a Gecko —, nos haríamos millonarios los tres en poco tiempo.

Aquella idea le obsesionaba. Recordando que en su juventud había practicado con éxito el hipnotismo Svengali quiso probar su influencia cerca del espíritu de la joven modelo. La ocasión se le presentó propicia un día que Trilby hubo de dejar de “posar” ante Durien por hallarse atacada de una fuerte jaqueca.

—¿Jaqueca? — preguntó Svengali—. Si me lo permiten, yo se la curaré en seguida.

Y acercándose a la muchacha extendió hacia su rostro sus manos huesudas, la miró fijamente y dijo con voz sorda:

—¡Duerme!

El influjo de la voluntad de Svengali sobre Trilby, fué rápido y decisivo. La modelo quedó completamente hipnotizada.

Ansioso ante aquella prueba, Billie contemplaba asustado la escena.

—¡Trilby! — gritó.

—Ya puede llamarla, ya — contestó Svengali—, no le contestará.

—¡Cómo! — exclamó Durien—. ¡Trilby! ¡Trilby! ¿Qué le sucede?

—No intente despertarla — insistió Svengali—. Ni puede usted, ni debe. He de ser yo mismo.

Y, volviendo a extender las manos hacia su rostro, pronunció:

—¡Despierta!

Trilby despertó, en efecto, como si saliese de un largo y pesado sueño, tardando todavía unos minutos en recobrar su voluntad...

Una alegría feroz, salvaje, se apoderó de Svengali.

—¡Será mía! ¡Será mía! — borboteó entre dientes.

CAPITULO TERCERO

FUE una mañana de día de fiesta, en que los bohemios habían organizado una partida de campo, que Billie se declaró definitivamente a Trilby. Quería casarse con ella, llevársela de París, allá, a Devonshire, entre la campiña inglesa tranquila y serena... Ella dulcemente, le disuadió de su proyecto.

—No, Billie, no; no se haga usted ilusiones. Yo le quiero mucho, muchísimo... pero ni su madre, ni su hermana, ni su tío me admitirían nunca entre su familia...

—¡A mí no me importa nada de nadie! — respondió Billie—. ¡A mí no me preocupa más que una cosa: que la quiero a usted con locura! ¡Que la amo perdidamente! ¡Que “te” amo!...

Trilby cerró los ojos y abrió los brazos para recibir la caricia ardiente y apasionada de Guillermo... Y cuando los dos amantes ya entrada la noche, regresaron a París, casi no se atrevían a mirarse el uno al otro, como si hubiesen cometido un delito...

Entretanto, Svengali velaba.

—Trilby — le dijo, así que la vió entrar—, es una verdadera lástima que usted no quiera estudiar música. Se haría usted millonaria y nos haría millonarios a nosotros. Gecko, con quien hablamos de usted todo el día, opina lo mismo...

La muchacha le rechazó, como siempre. Svengali intentó hipnotizarla nuevamente, pero ella cerró la puerta violentamente y el pianista quedóse en el rellano del piso, irritado y lleno de contrariedad.

Billie subía en aquel momento la escalera.

—¿Qué hacía aquí Svengali? — interrogó violentamente, así que Trilby le abrió la puerta.

—Nada, hombre, nada... No seas celoso...

—Es que yo te quiero para mí... ¿entiendes? ¡Para mí solo! ¡Yo quiero casarme contigo y sacarte de aquí!...

—No seas vehemente, Guillermito... — respondió con voz dulce, la muchacha—. Yo puedo ser tu amiga, pero nunca tu esposa... Compréndelo, Billie...

Y en su precipitación, Trilby olvidó decir

a su amado que Durien había terminado la escultura y que, para seguir ganándose la vida, tendría que ir al día siguiente a "posar" a una academia de desnudo...

Leonardo y Toviás habían terminado su frugal comida con cierta inquietud. En efecto, "el pequeño Billie" había salido aquella mañana a las diez, eran las dos y todavía no estaba de regreso. Por fin, abrióse la puerta y Guillermo, pálido, desenchajado, penetró en la habitación.

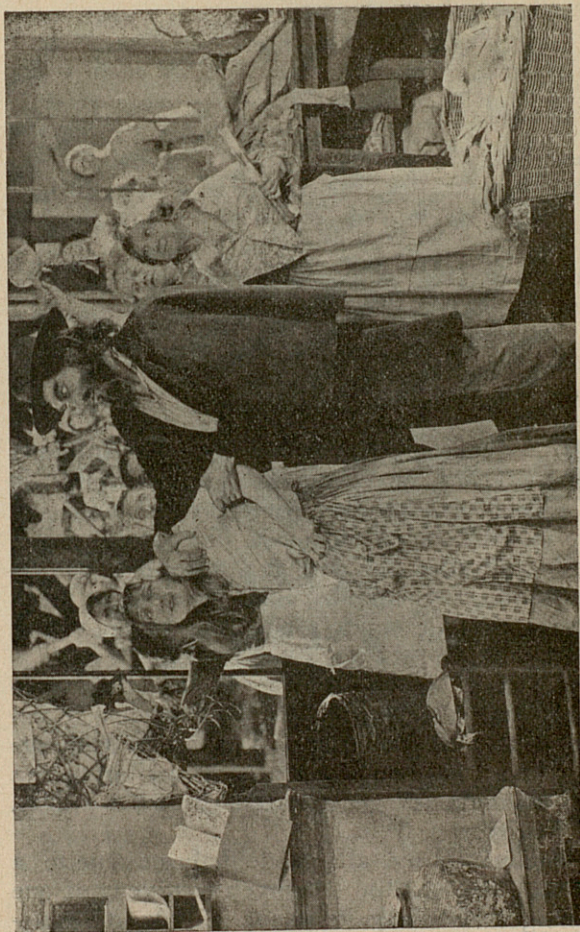
—¿Qué tienes? ¿Qué te ha pasado?

—¡He visto a Trilby "posando" desnuda ante toda una clase! ¡Ella, mi Trilby, mi ilusión única!

—No te exaltes, Billie... No seas así... Cálmate... Reflexiona...

—No, no... No hay reflexión posible. Me voy. Voy a pasar la tarde en el bosque de Barbinzon, pintando... Así me distraeré. Si viene Trilby no quiero que le digáis de ningún modo en dónde estoy. Mañana me buscaré una pensión para dejar de estar aquí y no tener ocasión alguna de volverla a ver...

Y, a pesar de las súplicas de sus dos amigos, Billie desapareció sin casi darles tiempo de hablar.



A cada momento, Trilby se veía acosada por los ojos magnetizadores de Svengali

CAPITULO CUARTO

LA inesperada marcha de Billie sumió a Trilby en la mayor desesperación. No quiso continuar haciendo de modelo y volvió al lavadero en busca de trabajo, perseguida siempre por Svengali que no había renunciado a su ambición de hacer de la joven una artista de ópera y cuyos ojos magnetizadores, la acosaban a cada instante.

Llegó la Nochebuena y ella fué el pretexto para la reconciliación de la ex modelo y del pequeño Billie. Tovy y Leonard habían organizado un banquete y a él invitaron, sin decirles que se encontrarían frente a frente, a Trilby y a Billie.

— ¡Cuánto me alegro de haberte vuelto a encontrar! — dijo la joven —. Svengali me persigue de día y de noche. Si aún me quieres, nos casaremos.

Durien había oído la conversación de los dos jóvenes. Al verlos entrar, se puso de pie y dijo a los comensales:

— ¡Señores! ¡Un momento de atención! ¡Billie va a comunicar a toda la concurrencia la noticia de su próximo enlace con la señorita Trilby!

— Así es, en efecto — respondió Guillermo.

Los convidados, locos de alegría, prorrumpieron en aplausos y gritos estentóreos.

Dos hombres, ocultos tras la puerta, escuchaban aquellas exclamaciones. Eran Svengali y Gecko, que querían averiguar si la joven y Billie habían hecho las paces.

Pero la alegría de aquella jornada iba a verse pronto turbada por un acontecimiento inesperado.

La señora Bagot y su hermano habían resuelto dar, por las Navidades, una sorpresa al pequeño Billie y, sin anunciar su partida, habían llegado aquella tarde a París.

Tras las efusiones cariñosas y naturales, después de tanto tiempo, Billie creyó llegado el momento de decir a su madre toda la verdad de sus proyectos. Explicóle sus amores con Trilby y su firme decisión de casarse con ella.

— ¡De ninguna manera! — respondió la señora Bagot —. ¡Casarte tú con una lavandera! ¡Imposible, hijo mío, imposible!

— Está obcecado — replicó el reverendo To-

más Bagot—, pero Dios no tardará en iluminarle, haciéndole ver lo disparatado de sus planes...

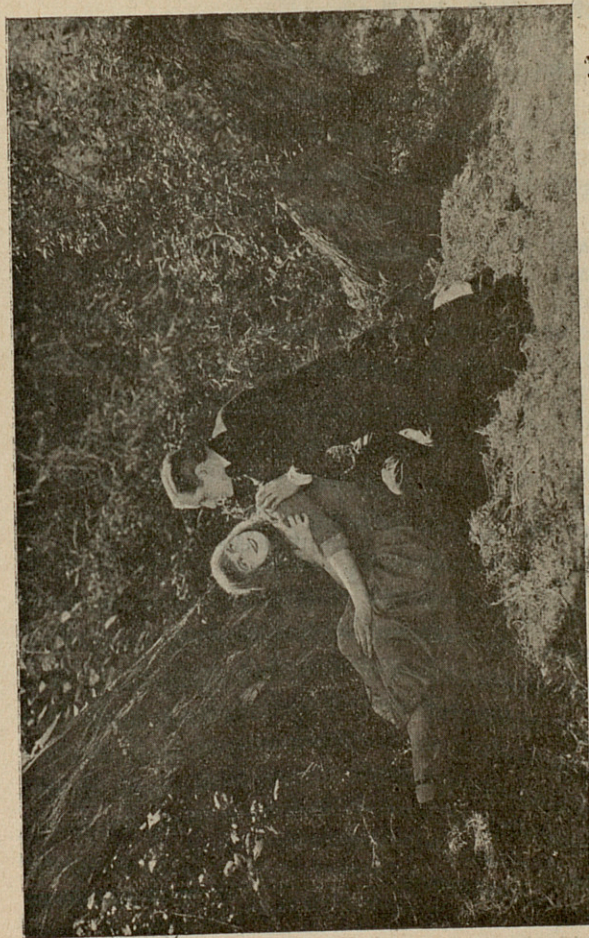
—Tienen ustedes razón — dijo Trilby, interviniendo en la escena—. Yo no soy digna de Billie ni de ustedes y se lo he dicho muchas veces. Ahora que...

Y sin poderse contener, la muchacha estalló en amargos sollozos.

—Los dos seremos muy desgraciados, si hemos de separarnos.

Tras la puerta del piso, Svengali sonreía con aire de triunfo.

—¡No se casan, Gecko, no se casan! ¡La victoria es nuestra!



Fué una mañana de fiesta, en el campo, que Billie se declaró definitivamente a Trilby

CAPITULO QUINTO

LA mañana siguiente, Billie recibió una lacónica misiva firmada por Trilby. En ella, la joven modelo despedía definitivamente de Guillermo, alegando que muchos prejuicios les separaban. La carta terminaba recomendando al pobre muchacho que no la buscara, pues todas las pesquisas que intentara serían inútiles.

Aquella carta representaba el triunfo definitivo de Svengali. En efecto, la había escrito Trilby bajo el influjo de la sugestión del violinista que nuevamente había logrado hipnotizarla. Desde aquel día, Trilby ya no volvió a ser dueña de su voluntad. Svengali y Gecko se apoderaron de ella y los tres recorrie-

ron villorrios y ciudades durante una larga temporada, cantando por las calles.

Volvieron por fin, a París. Pascal, el famoso empresario del Odeón, tuvo ocasión de conocerles y propuso a Svengali que Trilby diera un concierto.

Durante los días que precedieron a la fiesta, anunciada en todo París con enormes carteles, Svengali no dejó ni un momento a la infeliz Trilby, magnetizándola constantemente, a fin de que su influencia en el espíritu de la joven fuese definitivo el día del concierto. Gecko, compadecido de la desgracia de Trilby, protestaba ante Svengali.

—Yo no puedo tolerar que martirices de esta manera a la pobre Trilby y, aunque en ello me vaya la vida, la defenderé.

—¡Gecko! — rugió Svengali—. ¡Tú estás loco! ¡De este concierto depende nuestro nombre, nuestro porvenir, la vida toda!

Y llegó por fin el ansiado día, el día en que los periódicos parisinos anunciaron en grandes titulares:

“Teatro Odeón. Grandioso acontecimiento. Esta noche, primera función de gala. Debut de la eminente soprano “La Svengali”, actuando el señor Svengali de director de orquesta”.

—¡El triunfo es nuestro, Gecko! — exclamó Svengali—. ¡Nuestra victoria se aproxima!

CAPITULO SEXTO

VENCIDO, entristecido, rotas sus ilusiones y sus esperanzas, Billie había pasado sus vacaciones veraniegas en Devonshire, donde ni el cariño de su madre, ni el afecto de su hermana, ni los exhortos del reverendo Tomás Bagot, habían aminorado su pesar. Y a su regreso a París, Tovyias y Leonard que le esperaban ansiosos, diéronle la noticia del proyectado concierto.

Al saber lo que ocurría, Billie palideció, pero finalmente decidió, en compañía de sus amigos, asistir a la fiesta.

Cuando entraron en el amplio patio de butacas, Trilby estaba ya en escena, cautivando a los oyentes con su voz maravillosa.

Billie no pudo soportar el espectáculo. Llorando de rabia penetró entre bastidores, irrumpió en el camerino en el que acababa de entrar la muchacha, después de su primera canción, y gritó:

—¡ Trilby! ¡ Trilby!

Mas la muchacha, bajo la perniciosa influencia de Svengali ni se dignó mirarle.

—Perdone, señor — murmuró—. No tengo el gusto de conocerle... No recuerdo haberle visto nunca...

Un ruido sordo, acompañado de exclamaciones guturales, sorprendió a los circunstantes.

Svengali acababa de entrar en el camerino de Trilby. La inesperada presencia de Billie fué para él un golpe formidable. El corazón enfermizo del artista, incapaz de resistir una segunda impresión después del emocionante debut de Trilby, zozobró...

Una angustia espantosa le taponaba la garganta... En sus pulsos latía un aleteo sordo, precursor de la muerte y un velo de color indefinido se extendía ante su vista...

Entretanto, en la sala, las aclamaciones del público exigían la reaparición de Trilby en escena. Pascal, el empresario, entró en el camerino y, casi a empujones, la obligó a salir...

Y entonces ocurrió una cosa a la vez trágica y grotesca.

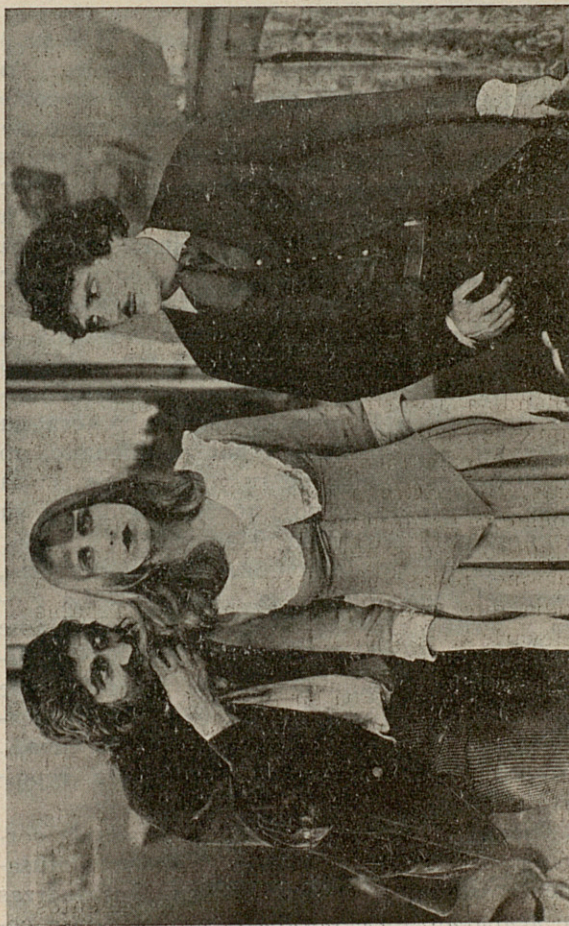
Libre de la influencia hipnótica del moribundo Svengali, que yacía en los estertores de la agonía entre bastidores, la garganta de Trilby no emitía sino desafinadas notas que provocaron primero la risa y luego la indignación del público.

Pascal en persona, para calmar la tempe-

tad naciente, hubo de adelantarse hasta las candilejas y anunciar que debido a una indisposición repentina de la señorita Svengali, no podía continuar el concierto y que el importe de las entradas y localidades se devolvería en la taquilla...

Todos los episodios de la sugestión de Trilby iban pasando ante el cerebro agonizante del pianista... Volvía a ver a la muchacha, semi desnuda, "posando" ante Durien que con mano ágil y segura iba modelando en el barro sus formas divinas... Veía a Billie contemplándola absorto por su belleza sin par... Después, en sus oídos agotados por un rumor sordo como de lluvia menuda, sonaron, muy lejanas, cual extraña evocación, las notas de su melodía, de aquella melodía en la que había puesto todas sus esperanzas, todas sus ambiciones, todas sus miserias de bohemio, la melodía que, cantada por la muchacha había de elevarle a la gloria... Y nuevamente, cual un fantasma maligno, creyó volver a ver a Billie que le disputaba su presa, a Gecko, que protestaba del tormento a que sometía la modelo para magnetizarla y aprisionar el caudal maravilloso de su voz...

Su frente cubrióse de un sudor frío y viscoso... Por unos instantes, su vista se nubló en un vahido lleno de angustia y de dolor. El corazón de Svengali latía con movimientos desacompañados, como si sobreponiéndose a



—Yo no puedo tolerar que mártires de esta manera a la pobre Trilby

la muerte que llegaba, quisiera espolear su cuerpo exhausto... Y luego, ya perdido completamente su conocimiento, sintió como se elevaba alto, muy alto, y la multitud, llevándole en triunfo, le aclamaba como el mejor de los compositores... Y Trilby ya no estaba dormida, no... Libre de su fascinación estaba reclinada ante él y le abrazaba, vencida, por fin, contemplándole con aquella mirada dulcemente apasionada, cuya llama no brillaba en sus ojos más que cuando estaba al lado del pequeño Billie... Ahora no era su influencia magnética la que la dominaba, era su triunfo de artista que se había adueñado, no de su voluntad, sino de su corazón. Se sentía feliz y contento como nunca, poseído de su triunfo en el arte y en el amor...

Quería vivir, quería gozar, en su desvarío, de aquella vida que se le escapaba... La gloria y Trilby eran suyos, bien suyos... Nadie podía disputárselos... Sintió una ansia de respirar a plenos pulmones, como para librarse de la angustia que durante meses y meses había pesado cual losa de plomo sobre su alma... Su boca se abrió, grande, desdentada, repulsiva...

Una terrible punzada en el costado le cortó la respiración. Su cuerpo agitóse confusamente... No... No podía vivir... Sus fuerzas se acababan... Le faltaba el aire y sentía correr por sus venas su sangre empobrecida,

quemante como plomo derretido... Intentó incorporarse y cayó sobre el suelo. Svengali, en el dintel del escenario en donde su gloria debía procamarse, ya definitivamente, había muerto...

Nadie se había preocupado de la suerte del pianista... Cuando al día siguiente, las mujeres que barrían el local entraron en el escenario, hallaron su cuerpo, rígido y frío, caído de bruces en la última convulsión, sobre unas tablas de los bastidores...

EPILOGO

POCOS días después de desarrollados estos acontecimientos, Trilby recobraba poco a poco la voluntad y la salud, perdida durante el tormento a que Svengali la había sometido para adueñarse de su espíritu.

—Cuando estés del todo restablecida — decía Leonard—, iremos todos a hacer una fiesta en tu honor como no se ha visto otra

Trilby sonrió. A su lado acababa de aparecer Billie llevando de la mano a la hermanita de la ex modelo que se arrojó sobre ella abrazándola y riendo.

—¡Qué buena idea has tenido al traerme aquí a mi hermana, Billie! ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero!...

Los bohemios cogieron en brazos a la hermanita de Trilby y se la llevaron, colmándola de caricias y golosinas. Trilby y Billie quedaron solos. El crepúsculo caía sobre la gran ciudad tiñéndola de rojo... Allá, lejos, en el cementerio del Père Lachaise, Gecko, mudo, inmóvil, trágicamente solo, asistía al sepelio del infeliz Svengali, náufrago en el mar agitado de la ambición de gloria que traga entre sus olas a tantos peregrinos del arte que acuden a París ansiosos del triunfo, de ese triunfo que no llega nunca pero cuya esperanza les ilumina débilmente, hasta la hora del vencimiento, del fracaso y de la muerte...

